

Los sabios, con semblantes conternados,  
Siguieron por la calle populosa  
Do en mas felices dias descollaba  
Con planta majestuosa,  
De David el palacio celebrado.  
De la fábrica antigua esplendorosa  
En el recinto ahora destrozado,  
Levantaron sus tiendas los viajeros  
Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores  
Del rey, fueron ligeros  
A contarle de aquellos extranjeros  
La venida y sus causas.— Mil temores  
Asaltaron entonces al tirano.  
“¿Acaso un sueño vano  
Podrá ser de los sabios soñadores?  
¿O el verdadero *Schilo*, en otros dias  
Por el mismo Jacob vaticinado?”  
Entonces, de la ley á los doctores  
Convocó á su palacio sin tardanza.  
“¿En dónde ha de nacer el rey *Mesías*?”  
Les preguntó entre el miedo y la esperanza:  
Mas ellos no dudaron,  
Y: “en Belen de Judá,” le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho  
Su temor encerrando y su despecho,  
A los sabios de Iran llamó en seguida;  
Y como la serpiente, que escondida  
Entre las flores del ameno prado,  
Acaso deja ver el tachonado  
Cuerpo, mas nunca el arma bipartida  
Que causa al hombre la mortal herida;  
Con benévola faz, disimulando  
Su malvada intencion, va preguntando  
Cuanto ansía saber, y satisfecha  
Ya su sangrienta saña: “Id en buen hora,”  
Les dijo á los que libres de sospecha  
Le escuchan: “á ese niño á quien ya adora  
Mi pecho, buscareis con gran cuidado;  
Y así que su mansion hayais hallado,  
Me avisareis, á fin que el homenaje  
Le lleve de mi humilde vasallaje.”

Y los magos partieron,  
Y presurosos de Sion salieron  
Por la segura puerta  
De Damasco llamada.—En el altura  
Vieron resplandecer con lumbré pura,  
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha, antes incierta,  
Siguieron por el áspera llanura,  
De regocijo llenos;  
Mas cuando mas ajenos  
De alguna variacion, van caminando  
Del rey profeta á la ciudad; cambiando  
De direccion la estrella en su camino,  
Sobre un establo rústico y vecino,  
Entre las blancas nubes descendiendo,  
De pronto se detuvo. El portentoso  
Prodigio los viajeros comprendiendo,

Con ademan humilde y respetuoso,  
De sus cabalgaduras desmontaron,  
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido  
Con riquísimas cintas, desataron,  
Y el polvo del umbral enaltecido,  
A las añosas frentes elevaron.  
Y al ver al celestial recién nacido,  
Postrados contra el suelo, le adoraron;  
Primero en gracia, si en amor segundo  
Tributo que al *Mesías* diera el mundo,

Y los cofres abriendo esplendorosos,  
De preciadas maderas construidos,  
Sacaron los perfumes olorosos  
En los campos del Yemen recogidos,  
Y oro puro: presentes misteriosos.  
Tesoros y perfumes ofrecidos;  
El oro al rey, la mirra al sér humano,  
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena  
De mundano esplendor que vió María,  
Cuya primera edad pasó serena  
Del templo entre la mística armonía:  
La otra, de pasmos y prodigios llena,  
Un porvenir le anuncia de agonía,  
De tales penas y de angustias tales,  
Que ni decir las pueden los mortales.

Entre tanto, los magos á su tierra  
Queriéndose volver, se encaminaron  
Hacia Sion por la elevada sierra;  
Mas apenas sus torres divisaron,  
El paso un ángel del Señor les cierra,  
Y advertidos por él, atras tornaron,  
Para evitar de Herodes implacable  
El enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hábitos huyeron,  
Segun la indicacion del sér divino,  
Y á otro confin sus pasos dirigieron  
De mas seguro y plácido camino.  
Y en su rápida fuga persiguieron  
A la lumbré del sol y al vespertino  
Resplandor, que, curando su fortuna,  
Blanda les vibra la argentada luna.

## LIBRO OCTAVO.

### LA PURIFICACION.

#### I.

Subiendo va con trabajo  
Por una elevada sierra,  
Reducida carabana  
De dos personas compuesta:

Mas no son dos; que si osado  
Las orlas el aire eleva  
Del cumplido manto oscuro  
Que reviste á la una de ellas;  
Tal como acaso la luna,  
En noche clara y serena,  
Entre blancas nubecillas  
Asoma la faz risueña:  
Así entre cándidas tocas  
Que á los rayos reverberan  
Del sol, de un hermoso niño  
Se ve la rubia cabeza.  
Mujer es la que en sus brazos  
El hermoso niño lleva;  
Mujer y madre sin duda;  
Que solo así la terneza  
Tener pudiera y cuidado  
Con que á su seno lo estrecha.  
Mujer es, y de la vida  
Parece llegar apenas  
Al florido umbral, dichoso,  
De la humana adolescencia.  
Mujer es, y tan hermosa  
Es la faz que Dios le diera,  
Que mas que mujer humana,  
Parece divina esencia:  
Y nunca, ni cuando Fideas  
Halló en la famosa Grecia  
Vivientes originales  
A sus estatuas eternas;  
Ni cuando allá al primer hombre  
En las dichosas riberas  
Del perdido Eden, llegara  
Nuestra madre comun, Eva;  
Jamás á mortales ojos  
Ofreció naturaleza  
Ni un levisimo trasunto,  
Ni la mas remota idea  
De tan celeste hermosura,  
En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante  
Va por la escabrosa senda,  
Y ya toca de la vida  
A la estacion postrimera.  
Vejez lozana es la suya,  
Pues aunque vivos platean  
Del sol á los puros rayos,  
La barba y la cabellera;  
En su marcha y apostura  
Se ve que intactos conserva  
El vigor y la energía  
Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos  
De elevada estirpe régia,  
Son los que á pié caminando  
Van á Sion la altanera.  
Allá van, de sus mayores  
Para prestar obediencia  
A las leyes, que ordenaban  
A las mujeres hebreas  
Purificarse en el templo

Después de dias cuarenta  
Del parto, y dar en rescate  
Una cantidad pequeña,  
Por la cual libre quedaba  
Su generacion primera.  
Que, si bien libre de mancha,  
La esposa de Dios escelsa  
Quiso á la ley sujetarse  
De Moisés el gran profeta,  
Confundiendo entre la turba  
De las hembras de su tierra,  
La Sempiterna corona  
Con que Dios le enalteciera.

#### II.

Apenas los dos esposos  
Entraron, de gozo henchidos,  
Del Salomónico templo  
En el sagrado recinto,  
Contra su seno estrechando  
La madre al eterno niño,  
Y José las dos palomas  
Llevando del sacrificio,  
Y los siclos del rescate  
Por la sacra ley pedidos:  
Simeon, un santo anciano,  
Del espíritu impelido  
De Dios, entró presuroso  
Del templo en el peristilo.  
Y al mirar el régio aspecto  
De los santos peregrinos,  
Entre los toscos pañales  
Del pueblo, al divino Cristo  
Reconoció; y del regazo  
Materno tomando al niño,  
De lágrimas amorosas  
Los ojos humedecidos,  
Esclamó con voz cortada  
Por sus ardientes suspiros:

“Ahora, señor Dios, venga la muerte;  
El anciano la aguarda sin temor,  
Porque sus ojos vieron al que es fuerte,  
Al Cristo Salvador!”

¡Al que verá la humana muchedumbre  
Sentado so el espléndido dosel,  
A ser del universo eterna lumbré  
Y gloria de Israel!

¡El que será á millares de millares  
Salud, y libertad, y salvacion;  
Y á los que no veneren sus altares,  
Eterna perdicion!

¡Objeto santo de perenne culto  
Será para los puros corazones;  
Mas de saña feroz y fiero insulto,  
Y afrentas y baldones,



Al perverso será, que del pecado  
Se complace entre el fétido albañal!  
Y de dolor intenso traspasado,  
El seno maternal será rasgado  
Como de un agudísimo puñal."

Y despues de un breve espacio  
De silencio enristecido,  
A los dos santos esposos  
Con grave ademan bendijo:  
Y haciéndoles un saludo,  
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante,  
Entró en el sacro recinto  
Una profética viuda,  
Que en ayunos y cilicios,  
En el templo dia y noche  
Servia al sér infinito.

Y al ver de Miriam en brazos  
El sumo reciennacido,  
Con llanto de amor gozoso,  
Y en apasionados gritos,  
Cantó alabanzas y glorias  
De Jehová y de su hijo.

Y así por altos fines,  
Belen con sus pastores;  
De bárbaros confines  
Los magos y doctores;  
Los jóvenes y ancianos,  
Los fieles y paganos,  
Cantan con alto júbilo  
Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora  
Del despertar del mundo,  
Donde el Eterno mora  
Oyese un ¡ay! profundo  
De sin igual contento,  
¡Suavísimo concierto  
Que entonan los arcángeles  
Al hijo Salvador!....

## III.

Del patio postrimer, vedado estaba  
Traspasar á las hembras los umbrales,  
Y triste allí, por tanto se detuvo  
Del gran rescatador la tierna madre.  
El patriarca, de gozo estremecido,  
En sus brazos tomando al rubio infante,  
A la sala se entró donde ofrecian  
El nacido primero á Dios los padres.  
Mas dentro del santuario preferido  
Faltaron profecías y señales,  
Y ojos ningunos vieron el aurora  
De aquel sol de justicia fecundante;  
Que sumidos del vicio en la ceguera  
Los ministros del templo principales,

Dejaban privaciones y virtudes  
A los simples levitas; y arrogantes,  
De las humanas y divinas leyes  
Reian, y en feroz libertinage,  
No como sacerdotes del Eterno  
Vivian, mas cual pérfidos magnates,  
Príncipes opresores de los pueblos,  
Pontífices del oro y las maldades.  
Un sacrificador desconocido  
Recibió de las manos paternales  
De José, lo prescrito por las leyes,  
Los argentados siclos y las aves,  
Sin dirigir ni una mirada sola  
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas,  
Pasó ignorado el vencedor instante  
En que un mas digno y generoso culto  
Venía á reemplazar de las edades  
Anteriores del mundo, las creencias,  
Con doctrinas mas puras y durables:  
Instante en que al antiguo testamento  
Que en la cumbre del Sinai á la errante  
Multitud de Israel dio el infinito,  
Sucedia una ley mas saludable;  
La buena nueva al mundo, el Evangelio,  
Que el mismo Dios traia á los mortales:  
Divina ley, como su autor perfecta,  
Pura como él, eterna é inmutable!

Y ni en los de Sion espesos muros,  
Ni en sus soberbias, populosas calles,  
Ni en las altivas torres de su templo,  
Adornadas de almenas y baluartes;  
Ninguna voz se alzó, que en son de triunfo,  
Ruidosa al niño rey diera homenaje.  
Y al través de la ciega muchedumbre,  
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,  
¡Ennumeraba ya el divino Cristo  
Aquellos furibundos criminales  
Que iban en breve, en gritos sediciosos,  
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido  
De la ley el precepto inevitable,  
A Nazaret sus pasos dirigieron,  
Volver á ver ansiando sus hogares.

## LIBRO NOVENO.

## LA HUIDA A EGIPTO.

## I.

Feliz el hombre cuya vida pasa  
Dulce y serena en el solar nativo;  
Feliz aquel mortal que no traspasa  
El límite extranjero siempre esquivo:  
¡Feliz aquel que en la paterna casa,

Al frio invierno y al calor estivo,  
Respira el aura que meció su cuna,  
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte  
Los fieros y rudísimos rigores,  
Cuando á su embate opone una alma fuerte  
Que defienden los célicos amores  
De patria y de familia, y ni la muerte  
Con su tren de fatídicos terrores,  
El corazon espanta enflaquecido  
Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura  
Le socorren sus deudos y allegados!  
Si del dolor lo cerca la amargura,  
¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!  
Y en la mayor miseria y desventura,  
¡Qué dolores no fueran consolados  
En pecho de hombre, ó corazon de niño,  
Con el consejo sábio y el cariño?

Y si llega, por fin, incesorable,  
El hora de morir, ¡con qué consuelo,  
Al espirar el plazo inevitable,  
Se despide el mortal del patrio suelo!  
Deja la humana vida deleznable  
Por la vida inmortal, hija del cielo,  
Y llanto amigo de dolor retumba  
En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego  
Le alcanzará el perdon de sus errores;  
Y allí, á despecho del solsticio fuego,  
Y del torvo aquilon, devastadores  
Del monte y la llanura, al dulce riego  
Del llanto del amor, cándidas flores  
Brotarán, y aromosas yerbecillas,  
Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado  
Es el duro tristísimo destino!  
De su dolor tan solo acompañado,  
Por el ignoto y áspero camino,  
En el felice tiempo ya pasado,  
Irá pensando el pobre peregrino,  
¡Sin mirar ni en remota lontananza  
El astro animador de la esperanza!

¡Qué importa que en el monte y la llanura  
Brille del padre sol el puro rayo,  
Ni que del prado ameno la verdura  
La gala ostente del florido Mayo?  
Y el murmurar del agua en la espesura,  
Y de las aves el concierto gayo,  
Y el rugir de la mar embravecida,  
¡Qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada  
Al dulce clima que nacer la viera,  
Es á remota orilla trasportada  
Por la mano del hombre dura y fiera,  
Y allí, lánguida, triste y deshojada,

Apenas sombra de lo que antes era,  
Hácia aquel suelo extraño, la mezquina,  
La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,  
Lejos de todo lo que el alma adora,  
Del destino cruel algun consuelo  
A su agudo pesar en vano implora;  
Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,  
En vano el triste entre suspiros llora,  
Y á soledad eterna condenado,  
Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,  
Acude tarde á terminar los males  
En que pasan la vida sumergidos  
El número mayor de los mortales:  
A los que de ella están desprevenidos,  
De enmedio á los placeres terrenales  
Impía los arranca, y desatiende  
Al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida,  
Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,  
Que de sus negros dias la medida  
Prolonga sin cesar airado el cielo:  
Llama, y vuelve á llamar la apetecida  
Muerte, ya solo blanco de su anhelo;  
Mas ella encarnizada no le escucha,  
Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable  
La esposa y el esposo condenados,  
Una vida de angustia inesplicable,  
En países remotos é ignorados,  
De Dios por el querer inescrutable,  
Arrastrarán los santos desterrados,  
Hasta cumplirse los fijados dias  
Del temporal destierro del Mesías.

Vueltos José y Miriam del largo viaje  
Apenas, á la baja Galilea,  
Cuando aun las sandalias, del camino  
Conservaban acaso las arenas,  
Y sus sensibles pechos, no saciados  
De mirarse de nuevo en la paterna  
Ciudad, apenas crédito á los ojos  
Se atrevían á dar, por la suprema  
Voluntad del que rige de los hombres  
Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,  
A ruta mas penosa y dilatada  
Hubieron de aprestar la planta incierta.

José, en los brazos del callado sueño,  
Reparador de sus caidas fuerzas  
Descansaba en el pobre lecho, humilde,  
Una noche pacífica y serena;  
Cuando súbito un alto paraninfo,  
Enviado de la suma omnipotencia,  
Cabe al lecho de pié, con argentina  
Sumisa voz, mas que en el ruego impera:



"Levántate, le dijo; al niño toma,  
Y á su madre con él; hácia la tierra  
De Egipto, presuroso te encamina,  
Y hasta volverme á ver deten la vuelta;  
Que el fiero Herodes, del infante en busca  
Rugiendo va con intencion siniestra."

De espanto lleno con palabras tales,  
El patriarca santísimo despierta,  
Y á llamar corre á la infeliz MARIA,  
Que del nuevo infortunio el alma ajena,  
El sueño de los ángeles tranquilo  
Duerme, no lejos de la cuna escelsa  
Del niño Dios.—La cariñosa Madre,  
Miradas de dolor y angustia llenas  
Dirije al hijo caro, y presurosa  
Recoge algunas túnicas modestas,  
Escasas provisiones y pañales  
Del niño, al cual en su regazo estrecha;  
Y precedida del amante esposo,  
Vertiendo amargas lágrimas, se aleja  
De la ciudad natal, adormecida  
A la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino  
Por la difícil tortuosa senda,  
Turba el dudar sus vacilantes pasos,  
Hiela el temor la sangre de sus venas.—  
¿Cómo escapar de Herodes iracundo  
A las inievas tramas encubiertas?  
¿Qué valla á detener será bastante  
Al príncipe feroz en su carrera?  
El, que en las manos con la sangre rojas  
De las víctimas mil de su fiereza,  
El oro derramando, los furores  
De sus viles sicarios recompensa,  
¿Dónde se detendrá de su venganza  
En la cruel, mortífera carrera,  
Ora que al par defiende de su vida,  
La púrpura real y la diadema,  
Cuando simples sospechas castigando,  
A tan graves delitos se despeña?

Aun era la estación de invierno frío,  
Y el cierzo que silbaba en las malezas,  
Cubria de Miriam el rostro puro  
Con dolorosas y moradas vetas;  
Mas ella, de sí propia olvidadiza,  
Cuidados, atenciones y ternezas,  
Cuanto pueden hacer marchando juntos  
Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,  
En torno al hijo de su amor consagra:  
El, monarca del cielo y de la tierra,  
A cuyo soplo animador, fecundo,  
La creación del caos salió entera,  
A cuya voluntad cejan los mares,  
Y se afirman los polos que sustentan  
Los infinitos mundos del espacio  
Para siempre jamas; á cuya inmensa,  
Divina voz, con dos palabras solas  
Brotó la luz en medio á las tinieblas,  
Hora á las duras leyes sometido  
De la humana, mortal naturaleza,

En el regazo de la tierna madre,  
El Cristo salvador de frío tiembla;  
Y del susto, y el hambre, y la fatiga,  
Con flébiles vagidos se lamenta!—  
Y la amorosa madre, silenciosa  
Cual los despojos fúnebres que encierra  
Un sepulcro, de miedo tiritando,  
Mas que de frío, de la angosta senda  
Por las sinuosidades solitarias  
Sus tímidas miradas encadena;  
Y al cimbrarse la caña estremecida  
Al aura de la noche, ó de la espesa  
Enramada al sonar en blando arrullo  
De enamorada tórtola una queja;  
O si el rumor se escucha en lo lejano  
De las secas varillas que se quiebran  
Al impulso del viento quebrantadas,  
O al cauteloso paso de las hienas;  
Asustada Miriam, á su regazo  
Con amoroso espanto al niño estrecha,  
Creyendo ver alzarse ante su vista,  
Que conturba el temor, la gigantea  
Figura de un feroz, crudo asesino,  
Blandiendo airado la segur sangrienta.  
En tanto que la luna, en curso blando  
Sigue, al través de la azulada esfera,  
Alumbrando con pura luz, suave,  
Los cielos, y los mares, y la tierra.

## III.

Así dias tras dias caminando,  
Huyendo de las sendas pasajeras  
Y de los pueblos grandes; por las noches  
Refugiándose acaso en las cavernas;  
Amatot ya detrás, se dirigian  
A los llanos de Siria, por veredas  
Estrechadas y escabrosas. Una tarde,  
Ya casi oscurecido, de unas peñas  
Cubiertas ya por las nocturnas sombras,  
Vieron salir en rápida caterva  
Numerosos bandidos.—El patriarca,  
Que iba delante, atrás á la indefensa  
Esposa se volvió, entre cuyos brazos  
Dormia el niño Dios.—Miriam, inquieta  
Se detuvo tambien; mientras el caudillo  
De la salvaje turba, que contempla  
El grupo inerme con asombro mudo,  
Siente que aun hay piedad en su alma fiero.  
Y bajando la punta de su lanza,  
Con espresion de cariñosa oferta  
Tendió á José la mano, un franco asilo  
Ofreciéndole allá en su fortaleza,  
Que de una roca en la postrera punta,  
Al nido de las águilas semeja.  
José y Miriam gozosos, apreciando  
Del bandido la rústica franqueza,  
Le siguieron, y el techo maldecido,  
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero dia,  
A pasar los calores de la siesta,

Y á la vista de Ramla, hicieron alto  
En un bosque de nópalos ó higueras.  
Allí, sobre un florido entapizado  
De narcisos, renúnculos y anémonas,  
Al de una fuente arrullador murmullo,  
Se adormeció el Señor de cielo y tierra.  
Y pasado el calor, de nuevo en marcha  
Tomaron de Belen la nota senda,  
Donde encontrar pensaba el santo esposo  
Un camello, en las áridas arenas  
Del desierto, animal indispensable.  
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta  
Le esperaron, ocultos en las sombras  
De una vecina y lóbrega caverna.—  
Y unidos á mercante caravana,  
Dejaron los confines de Judea  
Por fin, burlando así del rey impío  
La venganza terrífica y sangrienta.

## IV.

En tanto, no pudiendo de los magos  
Averiguar Herodes el camino,  
Con astucias y pérfidos halagos,  
Velando de sus iras los amagos,  
Va minando el país circunvecino;

Y á todos preguntando cariñoso  
Va por el niño rey del trono hebreo,  
Que le trae tan inquieto y receloso:  
Mas burlado creyéndose, furioso  
Ruge cual fiero tigre el idumeo.

Y á los torpes satélites inmundos  
Esclavos que le cercan en su trono,  
Así ordenó en acentos iracundos:  
"Porque ese niño objeto de mi encono,  
No escape á mis enojos furibundos,

Volad hácia Belen la maldecida,  
Y en ella antes, y luego en cuanto abarca  
El estenso confin de su comarca,  
¡No escape á vuestra espada enfurecida,  
Ni un solo niño hebreo con la vida!"

Y los crudos malvados asesinos,  
Del mandato de sangre ejecutores,  
En Belen y sus pueblos convecinos,  
Como devastadores torbellinos  
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo, perecieron  
Al filo sin piedad de sus puñales,  
Los niños todos de Judá.—Y se oyeron  
Gritos que el corazón estremecieron,  
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable,  
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;  
Y al oír los maternos alaridos,  
Un ¡ay! de horror, inmenso, inexplicable,  
Repitieron los ecos conmovidos;

En tanto que Miriam y el santo esposo  
Surcando van el piélago arenoso  
Al soplo del *simun* abrasador;  
Y ambos, de amor ardiendo generoso,  
Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena  
Aquel cielo de fuego, que desploma  
Sus mortíferos rayos en la arena,  
Y como al sol la cándida azucena,  
Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor, en la frescura  
De su regazo oculta cariñosa;  
Hasta encontrar en la letal llanura,  
Bajo verde enramada deliciosa,  
Escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,  
En la agonía del soñar despierto,  
Simula el sol con engañoso halago,  
A su sed agua, á su cansancio puerto,  
Un azulado y trasparente lago.

Y cual la rosa de Saron, levanta  
Al frescor de la lluvia apeteido  
La frente sobre el tallo enardecido:  
Así alegre Miriam, la tarda planta  
Del manso bruto aguija enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura,  
Sus frentes y sus bocas abrasadas,  
Ya tocan del oasis la verdura;  
Mas ven solo al llegar, con amargura,  
Estériles arenas inflamadas.

Quando de reposar llega el momento,  
Se detiene la rica caravana,  
Y en sus tiendas aguarda la mañana;  
Mas solo el azulado firmamento  
Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados  
Del diurno sol, al húmedo rocío  
Nocturno, sienten doloroso frío:  
José y Miriam entonces desvelados,  
Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba  
Alto clamor de espanto y agonía,  
Que el aura de la noche conturbaba.  
Era que el feroz árabe atacaba  
La tiendas.—Blanca de terror, MARIA,

Del cuerpo virginal, viviente muro  
En torno del infante bien amado  
Hacia, hasta que el riesgo ya pasado,  
El escuadron se pierde allá en lo oscuro,  
Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines  
Del país de los sabios Faraones;  
Y vieron elevarse entre jardines,  
Sus templos de acerados torreones,  
Con sus marcos de cándidos jazmines.



Las eternas pirámides, perdidas  
En el campo azulado de los cielos;  
Del Nilo las riberas florecidas,  
Y sus ondas, de blancos barquichuelos  
Y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella region afortunada,  
Por su ciencia y valor tan afamada,  
De monumentos y tesoros llena;  
Es á José y Miriam la tierra ajena,  
Y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso  
Pasando, á Matarieh se dirigieron;  
Y allí, tocado el fin del afanoso  
Camino, aun otra vez en el reposo  
Y en la paz de los ángeles vivieron.

### LIBRO DECIMO.

#### LA VUELTA A NAZARET.

##### I.

Hora tras hora pesada,  
Dia tras dia afanoso,  
Para Miriam y su esposo  
El largo espacio corrió  
De siete penosos años,  
Pasados en la estrechez  
De la mas dura pobreza  
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido  
De los magos el tesoro,  
Aquel puñado de oro  
Que dieron al niño Dios:  
Y el nieto de régia estirpe,  
Convertido en jornalero,  
Trabajaba el dia entero  
Con incansable teson.

Mas á tan ruda fatiga,  
El suelo inhospitalario  
Daba tan corto salario,  
Que volvió mas de una vez  
Al techo do resignada  
Miriam, le aguarda serena,  
Sin lo bastante á la cena  
Parca y frugal de los tres.

Y mas de una triste noche,  
Y mas de un aciago dia,  
El Dios infante gemia  
Por un pedazo de pan.  
Y sus lágrimas la madre  
Recatando al tierno niño,  
Acaso en voz de cariño  
Calma su pueril afan.

Mas el venturoso dia  
Se acercaba por momentos,  
De dar fin á los tormentos  
Sufridos con tal valor.  
Y una noche, que tranquilo  
José, en los brazos del sueño  
Dormía, ante sí risueño  
Miró al ángel del Señor.

“ Alzate luego, le dijo:  
Toma al niño y á su madre,  
Y á la patria de tu padre  
Marcha con seguro pié:  
Que los que al niño buscaban  
En su saña maldecida  
Para quitarle la vida,  
Han muerto ya en Israel.”

Y José, al niño tomando  
Y á Miriam, siguió el camino:  
Mas á Sion ya vecino,  
Los cautos pasos torció.—  
Que Arquelao, hijo de Herodes,  
Reina tirano en Judea,  
Y José, de Galilea  
La nota senda tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!  
¡Cuán dulce del patrio suelo  
Volver á mirar el cielo  
Que nos cobijó al nacer!  
¡Y respirar, cuánto es dulce  
Sus auras embalsamadas,  
Y de sus fuentes amadas  
Mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno,  
Recordar de nuestra infancia  
La feliz, pura ignorancia,  
Que tan fugace pasó!—  
¡Y las amantes caricias  
Que nos hizo nuestra madre,  
Y los consejos que un padre  
En su experiencia nos dió!—

Y los amigos primeros  
Que en nuestra infancia tuvimos,  
¡Y la escuela en que aprendimos  
Nuestra primera lección ....!  
¡Santas, queridas memorias,  
Que á pesar de la impía suerte,  
Vivas guarda hasta la muerte  
El humano corazón ....!

Después de tan larga ausencia,  
Miriam y el esposo amado,  
En su hogar abandonado  
Van al fin á descansar;  
Mas roto por varias partes  
Miran el humilde techo,  
Y el pobre muro deshecho,  
Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,  
Y morenas parietarias,  
En las celdas solitarias  
Crecen frondosas al sol:  
Y el humilde patiecillo  
Cubren zarzas espinosas,  
Y en sus paredes ruinosas  
Busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada,  
Do en Miriam immaculada  
Se encarnó el divino Verbo  
Para salud del mortal;  
Como del bosque en las lomas,  
Se anidan unas palomas,  
Dichosas allí al abrigo  
De la lluvia equinoccial.

Hechos por fin de la choza  
Los reparos mas urgentes,  
Volvieron los inocentes  
Dias de grato solaz.  
Y el ilustre carpintero,  
De Jesus mismo ayudado,  
De nuevo en su hogar amado  
Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta  
Pasaron lunas sesenta,  
Sin separarse un instante,  
Ni aun en la visita anual  
Que, fieles observadores  
De la ley de sus mayores,  
A Jerusalem hacian  
En la época pascual.

#### EL NIÑO PERDIDO.

##### II.

Al aire destrenzada  
La blonda cabellera,  
La túnica rasgada,  
Y en llanto de dolor  
Bañado el rostro puro,  
Que al sol envidia fuera,  
Por tu recinto oscuro  
Va una mujer, Sion.

¡Qué crudo, amargo duelo  
Lamenta la cuitada!  
¡Qué horrible desconsuelo  
Su pecho laceró?  
¡Esposa, vése viuda?  
¡O es virgen desposada,  
Que con fiereza cruda  
Su amante abandonó?

¡O es huérfana que llora  
Con ayes de agonía,  
La sombra protectora

Del techo paternal;  
En medio al mar del mundo  
Mirándose sin guía,  
Al soplo tremebundo  
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,  
Lamenta desdichada;  
Amante, al cariñoso  
Objeto de su amor:  
Y en ayes reprimidos,  
La madre desolada,  
¡Buscando entre gemidos  
Va al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,  
La madre enaltecida,  
La que en la eterna altura  
Casi es á Dios igual;  
De la divina alianza  
La prenda bendecida,  
La paz y la esperanza  
Del misero mortal:

Llorosa entonces, mustia  
El alma entristecida,  
En tan terrible angustia  
Olvida su virtud. . . .  
¡Qué mucho, si se ausenta  
El sol que le da vida?  
Qué mucho, si lamenta  
Perdido á su Jesus? . . . .

Volviendo á su morada  
Desde Salen divina,  
De gentes circundada  
Que van á Nazaret;  
Al ver tras blanco velo  
La estrella vespertina,  
Luciendo ya en el cielo,  
Cercano á anochecer;

La marcha fatigosa,  
En rústica posada  
Detuvo cuidadosa;  
Que el hijo de su amor,  
Con otros jovencuelos  
Sus deudos, la jornada  
Signió; y con mil recelos  
Le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda  
Con ellos; del camino  
La marcha larga y ruda,  
Tal vez los fatigó;  
Mas ya en el patio ondea  
Su manto blanquecino,  
Y aun á la luz febea  
Jesus no apareció.

Y luego van llegando  
Los otros uno á uno,  
A todos preguntando



Miriam en su inquietud;  
Mas nadie le responde,  
Que no le vió ninguno. . . .  
—“¿Por qué de mí se esconde  
Mi gozo, mi salud?”

Ya las nocturnas nieblas  
Invaden la llanura;  
Se palpan las tinieblas  
Del bosque en derredor:  
Y el campo ilimitado,  
Y la caverna oscura,  
Y el aire conturbado,  
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,  
Ni monte, ni ladera,  
Ni precipicio mudo  
Quedó en aquel confin;  
Que en eco lamentable  
El ¡ay! no repitiera,  
Que lanza inconsolable  
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,  
Apenas respirando,  
José con su MARIA  
De nuevo entró en Sion;  
Y van de puerta en puerta  
Del niño preguntando,  
La débil planta incierta,  
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto  
Recorren, y es en vano  
Que en medio al laberinto  
Pregunten con afán:  
Y redoblando el lloro,  
Al templo soberano  
En pos de su tesoro  
Con esperanza van.

Con sencillez vestido,  
Como un vulgar esenio,  
El rostro algo teñido  
Del sol primaveral;  
Y de sus garzos ojos,  
De mas que humano genio,  
Brotando en rayos rojos  
Un límpido raudal;

Castañas los cabellos,  
Que en ondas bipartidos,  
De rizos cubren, bellos,  
La espalda mas gentil;  
De ancianos y doctores  
Que escuchan conmovidos  
Los tonos vibradores  
De aquella voz pueril,

Cercado, del gran templo  
So el pórtico sagrado,  
Do van á dar ejemplo

Los sabios de Israel;  
Discorre un tierno niño,  
Y el pueblo, arrebatado,  
Esclama en su cariño:  
“¿Es ángel, ó un Daniel?”

“¡Jesus! ¡el hijo mio!”  
Clamó una voz suave,  
Rompiendo del gentío  
Por el revuelto mar:  
Voz límpida, argentina,  
Y al propio tiempo grave,  
En que el placer domina,  
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,  
En cercos de oro y grana,  
Muestra su rubia frente  
La aurora matinal;  
Sobre la mar dormida  
Trayendo la mañana,  
De luz llenando y vida  
Sus ondas de cristal;

Tal, jóven cuanto hermosa,  
En lágrimas bañada,  
Se acerca presurosa  
Al niño una mujer;  
Y en voz de gran ternura:  
“¿Por qué así abandonada,  
Tan hórrida amargura  
Me hiciste padecer?”

Y el niño, en desabrida  
Respuesta misteriosa:  
“¿Por qué tan afligida,  
Por qué me buscáis vos?  
No veis que cumplo, Madre,  
Mi obligacion forzosa?  
No veis que de mi padre  
Me ocupo, y de mi Dios?”

A réplica tan dura,  
José y Miriam callaron,  
Que la sentencia oscura  
No pueden comprender:  
Mas luego, juntamente  
Los tres encaminaron  
El paso alegremente,  
De vuelta á Nazaret.

Y allí pasaron dias  
De gozos celestiales,  
De inmensas alegrías  
Y paz del corazón;  
Y mientras el niño crece  
En dias terrenales,  
Ante su Dios acrece  
En gracia y perfeccion.

## MUERTE DE JOSE.

## III.

Como en medio á la calma mas profunda  
Suena acaso del trueno el estampido,  
En pos de algun relámpago temido,  
Que de rojo fulgor la tierra inunda:  
Así en la santa paz que lo circunda,  
José, por la vejez enflaquecido,  
Llegar miró el instante apeteido  
Del justo.—Con mirada moribunda,  
Ve á Jesus y á Miriam, que en triste lloro  
Cercan su lecho, y al momento espira.  
Jamás terrestre rey, igual decoro  
En torno tuvo á su funérea pira:  
Lloró Miriam, y del sencillo duelo  
Al frente, triste marcha el Rey del cielo!

## LIBRO UNDECIMO.

## PREDICACION DEL EVANJELIO.

## I.

Sonó por fin la afortunada hora  
En el reloj del tiempo, no cansado  
Jamás.—¡Lució por fin la limpia aurora,  
El momento anhelado,  
Que habia en sus designios señalado  
El Hacedor profundo,  
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo,  
Con sus groseros símbolos y altares,  
Se hundiera para siempre en el abismo;  
Y que en tierras y mares  
Fundara indestructibles sus sillares,  
Del mismo Dios en nombre,  
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados  
Vacilan los imperios conmovidos;  
Los prepotentes cetros respetados,  
Los tronos carcomidos,  
Caen en menudo polvo convertidos;  
Y ya el antiguo culto  
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas  
Abandonan sus antros sepulcrales,  
Y no manchan sus bóvedas tranquilas,  
Conjuros infernales.  
Sacerdotes, augures y vestales  
No dan torcido ejemplo  
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa  
Hierve en el corazón de los humanos;

Volcan que, so la mole ponderosa  
De montes soberanos,  
De la tierra en los cóncavos arcanos  
A su pesar sumido,  
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,  
Ruedan confusos pueblos y naciones,  
Sacerdotes, y símbolos, y reyes.  
—¿Qué inspirados varones,  
Qué fuertes é impertérritas legiones,  
Vendrán del mundo muerto  
A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,  
De Nazaret, brotó en raudal escaso  
Un arroyo entre zarzas escondido,  
Mas que ha de abrirse paso  
En breve del Oriente hasta el Ocaso,  
Al Norte y Mediodía,  
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,  
Apenas á la sed de un pajarillo  
Bastante: luz que trémula fulgura  
De débil lucerillo;  
Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo  
Esplenden en lo oscuro,  
Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso,  
Que presenció del hijo de MARIA  
El lento padecer y la agonía,  
Fué el signo esplendoroso,  
Lábaro de un imperio poderoso,  
Al aire tremolado,  
Do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,  
De eterna vida manantial fecundo,  
De donde todo bien copioso mana:  
Del poder sin segundo  
La buena nueva prometida al mundo:  
Y aquella voz divina  
Dijo al muerto: “¡Levántate y camina!”

Y el cadáver se alzó:—galvanizada  
Se irguió la conmovida muchedumbre:  
Respiró la mujer emancipada:  
De abyecta servidumbre,  
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre,  
¡Y ante su Dios iguales  
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el Sol de justicia, inmenso faro  
Suspendido en mitad del firmamento,  
Al ciego luz, al desvalido amparo:  
Y el magnate opulento,  
Y el tirano en sus iras turbulento,  
En su maldad temblaron,  
¡Y ante el poder eterno se humillaron!